

## INMORTALES

*Guardad la luna y desmontad el sol,  
vaciad el océano y barred los bosques;  
porque ya nada puede servir para nada.*

W. H. AUDEN

El viento las arrastró y quedaron todas arrumbadas contra la tapia del camposanto y los muros de mampuesto que defendían el pueblo por su cara oeste. Al viento le siguió la lluvia. La humedad les adhería las alas a la espalda e impedía que pudieran desplegarse. A media mañana, el cielo se abrió de repente, como si Dios hubiera retirado una capota de la atmósfera, y el sol entibió el cuerpo de los insectos. Sacudieron sus alas y, durante los breves minutos que duró la vibración, el aire se llenó de circonitas. A continuación, se alzaron y regresaron al pueblo. Aunque no eran bien recibidas, las casas volvieron a llenarse de cucarachas.

El viento las había desplazado durante kilómetros. Era un viento que asolaba el pueblo cada cierto tiempo y se llevaba también las sillas de las huertas, las antenas, la fruta madura, la ropa tendida, los clavos que sujetaban las vallas, las tejas, los esquejes recién sembrados, y, si venía con fuerza, arrancaba los picaportes de las puertas y los cristales de las ventanas. Durante los siguientes días, hasta que descargaba la borrasca, respirábamos tranquilos. Nos olvidábamos de la maldición de la plaga y nuestro único empeño consistía en reponer el desastre que había causado el aire. Retiradas las tormentas, el sol, como si no quisiera apropiarse de lo ajeno, las escupía hacia el pueblo, y ellas solas se ocupaban después de instalarse de nuevo en los hogares de los que el viento las había desalojado.

Al amanecer, regresaban a la tierra. Buscábamos y buscábamos las bocas de las galerías que eran su refugio y, cuando las encontrábamos, las taponábamos con azúcar y sal de boro, pero excavaban túneles en otros aposentos y aparecían sacudiendo las antenas en los lugares más insospechados de la casa. Madre las pisaba en la cocina y barría con profunda obstinación, arañando el suelo con la escoba, para arrojarlas seguidamente a la huerta y amontonarlas en un rincón, donde acudían de noche miles de ellas más a devorar los despojos de sus congéneres. Nos habríamos acostumbrado a convivir con las cucarachas toda la vida. Pero todo cambió aquella fatídica noche, la noche en que murió mi pequeña Tina.

Pululaban por el suelo y las paredes, y bregábamos con ellas sin descanso, aunque su presencia en la casa había pasado a ser tan natural como los cuadros, las bombillas o el frutero, y a veces nos desentendíamos. Las apartábamos a manotazos, porque se aproximaban volando, y continuábamos con aquello que nos pillara haciendo. Yo era incapaz de pisarlas, no por el hecho de que fueran insectos asquerosos, sino por el estallido contra las baldosas. No me atrevía ni con un escarabajo, ni una minúscula araña o una inocente hormiga. A ratos, las veíamos posadas en los cristales empañados, y la luz amarillenta de la farola —siempre brotaban al anochecer, buscando el frescor de la casa— les confería a las alas un aspecto de turmalina que nos mantenía hechizados, un aire a animal sagrado, con sus alas pardas rozando el dorado. Nos afanábamos en ahuyentarlas cuando se interponían en nuestro camino y nos interrumpían. Madre bordaba en una silla baja y, para que no le ensuciaran la labor, ladeaba el bastidor y las pisaba en el suelo. En la cocina no las perdía de vista para que no las encontráramos flotando sobre los platos o bordeando las cazuelas. Eran tantas que nos aburríamos de matarlas, porque, allí donde moría una, brotaban racimos enteros.

Por las noches, las escuchábamos rondar por los dormitorios. Si encendíamos de golpe la lamparita, corrían a esconderse debajo de las alfombras o detrás de los armarios. Sentíamos cómo paseaban las patas y las antenas por el papel pintado de las paredes o sobre las hojas de la Biblia. Patinaban sobre la superficie sedosa de las páginas y oíamos el frufrú de las alas, hasta que se resbalaban y daban de bruces contra el suelo. Después, majestuosas, como mariposas negras, iniciaban el vuelo y las oíamos revolotear hasta que encontraban asiento en cualquier otra superficie. No era plato de buen gusto compartir el descanso con ellas, pero, una vez que el sueño nos vencía, nos olvidábamos de las cucarachas que poblaban nuestro alrededor. Podría decirse que entonces nos rendíamos a su existencia, claudicábamos ante un ser perenne que se imponía noche tras noche.

Madre colgaba ramas de laurel de cualquier gancho, esparcía hojas sueltas en los recodos, cabezas de ajo en las grietas que se vertían como afluentes de un río por los muros de la casa, una casa vieja adecentada con materiales pobres. En primavera, cuando reverdecía la menta, y en verano, cuando florecía la albahaca, colmaba de tiestos los alfeizares porque había oído decir que ese olor que tanto nos agradaba a nosotros a ellas les repugnaba. Con el calor, abríamos las ventanas y la brisa de la noche agitaba las hojas de las plantas aromáticas, y esa misma brisa embriagaba del

aroma de verano todas las estancias. Pero las cucarachas venían del suelo, del mismísimo abismo del infierno. Yo las imaginaba alejándose del fuego del núcleo, de la lava ardiente que ganaba terreno al subsuelo y calentaba las aguas. Las veía huyendo despavoridas del magma que intentaba alcanzarlas, y del que se sentían a salvo en las casas, en todas las casas del pueblo.

El viento solo nos daba tregua unos días, pero no bajábamos la guardia. Se presentaba furioso a lo largo del verano dos o tres veces, y junto a otros enseres, empujaba lejos a las cucarachas, con la fortuna efímera de quitárnoslas de en medio hasta que arreciaba la lluvia, que, indefectiblemente, venía detrás. Esos días recelábamos de su ausencia y removíamos el sofá, apartábamos las estanterías y sacudíamos las mantas, por ver si el viento había descuidado alguna, pero no, no hallábamos rastro de ellas. Con el brillo del sol, cargadas aún de humedad, emergían lustrosas, como piedras de azabache, y se paseaban de nuevo por la casa, con la misma confianza con que regresa el hijo pródigo a su hogar.

La casa olía siempre a zotal, como a engranajes oxidados. Padre frotaba con un trapo impregnado en petróleo las bisagras, los marcos de las puertas, los perfiles de las ventanas de madera. Madre humedecía el suelo con sosa cáustica y lo restregaba con un cepillo de raíces. Temía que, en su deambular por la casa, las cucarachas fueran sembrando de huevos todos los rincones. Aplicaba zumo de limón a los baldosines. Arrojava cubos de agua hirviendo por los sanitarios, con una solución a partes iguales de amoníaco y lejía. Después, cerraba la puerta del cuarto de baño para evitar los vapores, que se quedaban prendidos a los azulejos. El olor a química se perpetuaba sin arreglo. Solo por la noche, cuando el perfume del jazmín que trepaba por la fachada insistía en colarse en la casa, se camuflaba la peste a desinfectante, aunque el resultado de la mezcla era poco satisfactorio. Ninguno nos habituábamos al hedor, solo las cucarachas parecían ignorarlo, y era muy cansado luchar contra ellas.

No solo era nuestra casa. Las cucarachas, como un mandamiento del Divino, asediaban el pueblo entero. Al cruzar la placa que marcaba el límite de entrada, se las veía desperdigadas entre los matorrales, los escombros, las rejas de las alcantarillas, las aceras, los escaparates de los comercios, los umbrales y los tejados. De día, frecuentaban menos las calles y las casas, se hacían más llevaderas, pero, al anochecer, como una epidemia, todo lo invadían. Cada uno se encargaba de aplicar el remedio que se le ocurría y, si provisionalmente surtía efecto, corría a contárselo a

su vecino, como un chisme cualquiera cuyo secreto no pudiera guardar. Consistía en exterminarlas todas, porque corrían a la velocidad de la luz de una vivienda a otra. Pero el alivio duraba poco, las cucarachas colonizaban y se hacían dueñas del territorio, y era harto difícil deshacerse de ellas. Al final, traía más cuenta permitir que vivieran entre nosotros y tratar de mantenerlas a raya.

Padre no las soportaba. No se resistía a que en casa gobernasen ellas. Pasaba horas en el cobertizo ideando inventos para aniquilarlas. Palmetas, trampas con pegamento, cajas con veneno, jaulas con tachuelas, artefactos que detectaban el movimiento y aplastaban lo que fuera que se posara en su interior, ingenios que electrocutaban a sus presas, artilugios que gaseaban con insecticida a su botín... Se despertaba a medianoche, cuando el zumbido de alguna lo desvelaba, y corría a apresarla, pero ellas casi siempre eran más rápidas. Entonces, en pijama, se encerraba en el almacén y se devanaba los sesos para ganar la batalla que madre y yo sabíamos perdida de antemano. Descansaba de día, cuando las cucarachas se retiraban a las entrañas del suelo y desaparecían de nuestra vista. El trabajo en el campo no lo fatigaba, solo las malditas cucarachas, que no cesaban, le agotaban, le robaban el espíritu. Podía arar hectáreas, cargar decenas de sacos de abono a sus espaldas, cosechar de sol a sol. Nada le importaba. Pero con ellas no podía. Eran obra del demonio.

No se comparaba con los vecinos y desoía sus consejos sobre la necesidad de familiarizarse con los insectos. Era cierto que había probado miles de trucos, pócimas y mejunjes. Era cierto que todos habían fracasado, pero era tal el asco que le producían las cucarachas —condenadas criaturas del diablo, errores del averno, ejemplos de penitencia— que no asumía la derrota. Si se despabilaba por la noche y no le venía a la cabeza ninguna invención, se paseaba por los dormitorios y con ayuda de un periódico, a modo de abanico, las espantaba de nuestras caras. Se asomaba a la cuna de Tina, que cubríamos con una gasa blanca, y comprobaba que ninguna se hubiera colado por algún hueco. Se oía el crujido de los cuerpos tiesos, como almidonados, cuando padre los despanzurraba contra el pavimento. Al levantarnos, sorteábamos cadáveres, como moras aplastadas, sellados en el suelo. Y era todo un ciclo, como un círculo vicioso al que nos habíamos vuelto adictos: barrer, fregar, bruñir la casa y esperar, con un convencimiento inquebrantable, a que las cucarachas conquistaran al atardecer sus dominios.

Teníamos rachas. Según el día, nos abandonábamos a la molicie y tanto nos daba. Con que no se nos posaran encima teníamos suficiente. Y había días en que padre nos arrastraba en su empeño de masacrarlas y nos uníamos como una piña, hasta que nos dábamos cuenta de que el esfuerzo era en balde, que ellas podían con nosotros.

No solo era en verano. Lo normal habría sido que en invierno las cucarachas se sumergieran en el vientre terrestre en busca de temperaturas más agradables, pero no ocurría así. Rehuían las calles heladas, salpicadas al despuntar el día de diamantes de hielo. No asaltaban las charcas, en las que cristalizaba el carámbano, ni trepaban a las ramas desnudas de los árboles. Pero, a cambio de ese vacío en el exterior, algunas resistían dentro de las casas, entre las paredes caldeadas por el fuego. Padre habría elegido que la casa se congelara también, como sucedía fuera, antes que tener que aguantar a las indeseables cucarachas multiplicándose entre nosotros, pero Tina era solo un bebé, demasiado frágil, y se desarropaba sin querer y se quedaba fría.

Pobre Tina. Abría sus manitas y jugaba a cazar las cucarachas como si fueran pajarillos que volasen a su alrededor. De vez en cuando, lograba atraparlas con sus pequeñas manos, delicadas, pero tan solo unos segundos era el tiempo en que conseguía tenerlas aprisionadas. Se liberaban por la poca presión y corrían brazos arriba o echaban a volar hacia cualquier otro destino. Cuidábamos mucho de que no se acercaran a ella. Nosotros ya estábamos curtidos, pero Tina apenas estaba empezando a vivir. Había llegado cuando madre ya había perdido la esperanza, después de años intentando concebir otro hijo, y su llegada fue como abrazar una madeja de algodón, esponjosa y blanda, y temer a cada segundo que le cayera la lluvia encima y la aplastara. Los primeros días boqueaba, ansiaba el aire que sus pulmones inmaduros no admitían. Madre arrimaba la cuna a la ventana para que el sol, a través de los cristales, la cortina y le quitara ese aspecto amarillo, mortecino, con el que había nacido. No sabíamos cómo cogerla sin miedo a romperle un brazo o una pierna. Tan pequeña. Y, aunque los primeros días sobrevivió gracias a biberones de agua con azúcar, los siguientes se agarraba al pecho de madre con un hambre voraz. Se le derramaba la leche por las comisuras y se le quedaba agria en los pliegues del cuellcito. Pero se cansaba de mamar, qué débil mi Tina, y los cólicos, de tanto tragar aire, se apoderaron de ella. Chillaba y chillaba. Madre se exprimía el pecho y, a turnos, con ayuda de una cucharita, la alimentábamos. No podíamos consentir que las cucarachas cercaran a nuestro ser de luz, atraídas por el olor acedo

de la leche. No podíamos arriesgarnos a que le transmitieran cualquier enfermedad. Padre había colgado de una viga el moisés de Tina con el fin de que los bichos no treparan y se encaramaran al lecho, y madre lo cubría con esmero con la gasa para impedir que entraran, pero siempre se daban maña para encontrar un resquicio. A medida que la niña iba ganando peso, se hacía peligroso el bamboleo del canasto por culpa de las maniobras de Tina al jugar con los insectos, así que no quedó otra que instalarla en la cuna y vigilar su sueño.

En el colegio tampoco fallaban, aunque no eran tan frecuentes porque se ocultaban con el exceso de luz de la mañana, como si apencaran con una buena resaca y la claridad les levantara dolor de cabeza. ¡Qué bien adiestradas estaban! Lo cierto era que no faltaba el día en que no apareciera una despistada entre los lápices, al recorrer los estuches, de detrás del encerado y los mapas políticos, por el atril de doña Concha, de las meriendas del recreo, de las cajoneras de los pupitres... Era habitual que la clase estuviera en silencio, mientras memorizábamos atentos la lección, y se oyera una palmada o un golpe seco. O que se levantara uno de nosotros para sacudirse una del cuello o del pelo enredado, sin que averiguáramos nunca de dónde había salido. Nadie recriminaba a nadie por la falta de aseo, eso no sucedía nunca, porque todos sabíamos, incluida la maestra, que las cucarachas no acudían por ese motivo, sino que parecía que formaban parte de nosotros o eran un accesorio más, unas gafas, un gorro o unos guantes.

Así como del colegio, eran asiduas del comercio de Esteban, quien, mientras contaba con las pinzas las golosinas que iba depositando en el mostrador, las cazaba con el mismo apéndice y las soltaba con delicadeza en el suelo para después pisarlas sin miramiento. Si durante la operación nosotros corríamos prestos a birlarle una gominola, abandonaba esa empresa y se centraba en hacer recuento. Y, si alguna cucaracha se atrevía a distraerlo de nuevo, ya solo la apartaba con el revés de la mano y entonces éramos nosotros los que perdíamos la cuenta al tratar de calcular la distancia a la que la había lanzado. Y, como es de suponer, tampoco faltaban en la zapatería, por eso, era costumbre que sacudiéramos las botas antes de probárnoslas o incluso estrenarlas antes de pagarlas para matar a alguna de ellas. Asomaban por las montoneras de pelo que se acumulaban en el suelo en la peluquería de Tomás, entre los estantes de la biblioteca, por el escaparate de la frutería, por las cajas de aspirinas de la farmacia, entre las piernas del policía que regulaba el tráfico cerca del ayuntamiento, por los columpios del parque, sobre la carne de primera de la carnicería

y hasta en la patena, brillante brillantísima, de don Severo mientras nos daba la comunión.

Padre enloqueció. Después de lo de Tina, perdió la cabeza y se metió en la cama ausente, como si ya nada le importara. Madre tiraba de mí, y yo tiraba de ella. Yo necesitaba —como cualquier hijo, tenga la edad que tenga— que ella me protegiera, y, a mi vez, debía hacer de tripas corazón para protegerla y que no me fallase. Era muy complicado equilibrar las fuerzas para no derrumbarnos. Nos habría gustado que a nosotros también nos hubiera atacado esa flaqueza que se ensañó con padre, que a todos, como a una familia unida, nos hubiera tragado el mismo precipicio para no haber tenido que soportar tanta desgracia.

Una noche —la noche que todo lo desbarató—, con las luces rojizas del amanecer iluminando la casa, padre se despertó. Hacía tanto calor que habíamos dejado todas las ventanas abiertas para que el relente de la madrugada nos permitiera descansar. No corría ni una brizna de aire. Habíamos escuchado durante largo rato protestar a Tina, lloriquear, y madre se había levantado a colocarle un paño húmedo en la frente para refrescarla. Ninguno lográbamos conciliar un sueño reparador, como si la noche solo nos concediera un duermevela, como si nos quisiera alertar para que no nos quedáramos dormidos del todo. Escuchamos a padre trastear en la cocina, abrir el grifo, tal vez, servirse un vaso de agua o enjuagarse la cabeza en la pila. Se le oía farfullar, maldecir el calor pegajoso de la noche. Se le oía, cras, cras, pisotear cucarachas, que con el calor debían de estar especialmente alborotadas. A veces, me parecía que la visión de padre enzarzado con las curianas era solo un sueño. Tal vez, era solo el deseo de que la casa estuviera tranquila, que todo fuera una mentira que solo se nutría de la imaginación de mi cabeza. Pero no. Abría los ojos y el amanecer siempre sorprendía a padre a la gresca con ellas. Sé que era la hora del alba porque la casa se había llenado de colores morados y, al abrir los ojos, las siluetas negras de las cucarachas agitando las alas a través de esa luz me parecieron un espectáculo maravilloso, como un juego de sombras chinescas. Nos estremeció el grito de padre. Fue un grito como un aullido, como si le hubieran clavado un puñal por la espalda, a traición. Madre encendió la luz y, al levantarse, se tropezó con la alfombra. A mí me costó adaptar la vista a la claridad. Solo pude percatarme de que, tras ese baile mágico a contraluz, todas las cucarachas se evaporaron, como si el grito desgarrador de padre fuera el remedio que tantos años llevaba buscando. Tenía a Tina entre los brazos, la apretaba contra el pecho. Madre le pidió que se callara, que dejara de gritar,

que iba a asustar a la niña, y, como no dejaba de hacerlo, se la arrebató de los brazos e hizo amago de acunarla. Pero algo debió sentir, la frialdad ya en el cuerpo de mi hermana, la rigidez de sus piernas regordetas, el silencio que la cubría, porque se puso a temblar y tuve que precipitarme para que no hincara las rodillas en el suelo y se la dejara caer. Recosté como pude a la niña sobre la almohada de la cama de madre y, ansiosa, madre se inclinó sobre ella e intentó averiguar por dónde le había entrado la muerte a su pequeña. Revisó sus pies desnudos, le separó los dedos, examinó los pliegues que caían sobre sus muslos y las nalgas mojadas. Rebuscó con dificultad entre las axilas y entre el pelo ralo que empezaba, con sus recientes seis meses, a tomar color. Le desabotonó el pijama, que cubría únicamente su pecho, una camisa blanca de batista que le dejaba los brazos al aire. Le levantó los párpados y aparecieron sus ojos azules lechosos, que no miraban a ningún lado, ya ciegos. Con manos nerviosas, indagó en sus orejas y en las fosas nasales. No había picaduras ni mordeduras, ninguna marca que delatara el porqué. Le separó los labios, a riesgo de arrancárselos por la tirantez de la muerte, y le palpó las encías endurecidas. Después, le acercó la cabeza a la luz de la mesita. La boca estaba oscura y necesitaba saber. Introdujo un dedo hasta la garganta y allí descubrió la razón que mil veces maldijo. Atrapó la cucaracha con la uña y la restregó contra su camisón de hilo. Aún pateaba y meneaba las antenas. Aproximó su boca a la de Tina y, aunque sabíamos que era un gesto vano, un acto desesperado, insufló durante varios minutos el aire amargo de sus pulmones en los de mi hermana.

Padre no hacía por recuperarse, era como si solo su cuerpo perteneciera a este mundo, pero sus pensamientos navegaran por otras galaxias. Madre lo alimentaba, lo mantenía con vida, aunque su deseo habría sido que todos desapareciéramos sepultados bajo los escombros de la casa. Anhelábamos que el viento, ese que se presentaba de vez en cuando, ese que se llevaba todo por los aires, nos lanzara contra las paredes o nos estrellara contra la tapia del cementerio, pero la suerte no estaba de nuestra parte. En dos ocasiones, madre pegó fuego a la casa, y, en dos ocasiones, salimos ilesos. A la hora de la verdad, se apoderaba de nosotros un estúpido instinto de supervivencia y corríamos a sofocar el incendio. Acto seguido, con las cenizas sobrevolando aún nuestras cabezas, nos arrepentíamos. Y, a continuación, nos arrepentíamos de habernos arrepentido. Vivir. Morir. Vivir. Morir. ¿Por qué éramos tan cobardes? ¿A qué venía esa indecisión que tanto nos atormentaba? ¿Acaso la vida merecía la pena y no estábamos convencidos?



Las cucarachas. A vueltas siempre con las cucarachas. Para qué negar que nos habían derrotado. El mal sobre el bien. Nada nuevo. Sin duda, nos habían derrotado. No teníamos más que mirarnos y reconocer nuestros propios desechos, las sombras deshabitadas de lo que habíamos sido. Ellas seguían indemnes, redobladas, acorazadas. Nos acorralaban triunfantes, nos insultaban con su presencia. Nos demostraban, una y otra vez, que, si bien nosotros vivíamos —no era más que malvivir—, ellas eran inmortales.